

## **‘Al Colegio Mayor y al mundo’. La formación en libertad como valor añadido para un universitario**

JAVIER SÁNCHEZ BERNAL<sup>1</sup>  
*Universidad de Salamanca*  
jsbernal@usal.es

### **Lección Inaugural del curso 2018-2019**

*Colegio Mayor Tomás Luis de Victoria*  
*Salamanca, 19 de octubre de 2018.*

Ilustrísimo Sr. Vicario de Pastoral de la Diócesis de Ávila, Ilustrísimo Sr. Rector del Seminario, demás autoridades, equipo directivo, colegiales y antiguos colegiales, amigos y amigas, señoras y señores.

Comienzo expresando un profundo orgullo y un sentido agradecimiento al equipo directivo por el honor que me ha concedido al encomendarme pronunciar el discurso inaugural en este acto académico. En mi corta, pero ya intensa trayectoria como docente e investigador, he tenido la oportunidad de hablar en diferentes foros, pero nada es comparable a encontrarme esta tarde, aquí, en mi Casa, acompañado de todos vosotros. He de reconocer que, en un primer momento, me sentí abrumado y con un cierto temor de no estar a la altura. Espero que, al final, esos malos augurios no lleguen a cumplirse. Cuando comencé a perfilar esta intervención, dediqué

<sup>1</sup> Javier SÁNCHEZ BERNAL es Profesor Ayudante Doctor en la Universidad de Salamanca. Doctor Internacional con Premio Extraordinario por la misma Universidad.

algunos días a darle vueltas a cómo orientar mis palabras y, al final, me di cuenta de que lo más conveniente era dejarme llevar y exponer, en primera persona, cómo se conecta ser Colegial del Tomás y universitario de la ciudad de Salamanca.

No pretendo esbozar una lección magistral sobre la Universidad o sobre la posición de esta en nuestras realidades contemporáneas o a través de la Historia. No caería en tal atrevimiento. Sin embargo, en el contexto de profundos cambios en el que se encuentran inmersas las sociedades actuales, resulta necesario que nos detengamos en el pasado, el presente y el futuro de la academia y de nuestro lugar en ella. Haciendo mía la filosofía del discurso pronunciado por el profesor Ignacio Berdugo Gómez de la Torre en el Acto de Apertura del Curso 2018/2019 en la Universidad de Salamanca, celebrado el pasado 13 de septiembre de 2018, debemos valorar qué decíamos ayer y qué estamos diciendo hoy, para poder comprender qué diremos mañana todos aquellos que conformamos la Universidad.

Es indudable que, en el marco de la celebración de los 800 años del sistema universitario español, son muchos los debates, teóricos y en abstracto, que podríamos traer a colación, ya sea observando el Espacio de Educación Superior desde dentro –y, desde esta óptica, reflexionando, por ejemplo, sobre titulaciones, programas o diseños curriculares– o ya sea abriendo nuestro enfoque al mundo exterior –y analizando el papel de la institución universitaria en el desarrollo, generación y mejora de las condiciones sociales de la comunidad–. En este punto, hemos de ser conscientes de que, estos y otros tantos interrogantes, tendrían tantas respuestas válidas como puntos de vista y opciones de pensamiento intervengan en el diálogo.

Pero creo que resulta más interesante ir a lo concreto y, por ello, quisiera plasmar algunas inquietudes e ideas sobre qué implica, en mi opinión, ser universitario en 2018, y posteriormente, en un segundo momento, profundizar en cómo influye en el crecimiento de este universitario el haber convivido y compartido experiencias en un Colegio Mayor. Particularmente, en el nuestro: el Tomás Luis de Victoria.

Comienzo por el primero de estos afanes, tratando de mostrar qué significa vivir la Universidad en el siglo XXI. Confieso que no fue fácil ordenar por escrito todo lo que este propósito me suscita, así que disculpadme si, en adelante, no logro realizar una exposición suficientemente metódica.

En primer lugar, voy a hablaros de cómo veo la relación entre un universitario y la Universidad, comprendido ese nexo hacia adentro. Lo primero que quiero apuntar es algo que puede parecer baladí. Cuando me refiero al “universitario” no solo estoy pensando en los estudiantes o en los profesores, sino por supuesto en todos los miembros de la Comunidad Universitaria –investigadores, Personal de Administración y Servicios, entre otros–, y como no puede ser de otro modo, incluyo también aquellas otras instituciones, grupos o espacios que cumplen un rol fundamental en la formación integral de las personas vinculadas a la Universidad.

Y es aquí, precisamente, donde se explica la importancia indiscutible de un Colegio Mayor.

Volvamos entonces al universitario. En torno a él, podemos alcanzar una concepción: cada uno de nosotros somos parte de una comunidad; de un grupo de personas en igualdad de condiciones, aunque cada cual desempeñe un papel propio con sus concretos cometidos. Y, siendo ello cierto, es crucial entender que el proyecto que supone la Universidad debe ser construido entre todos, ya que solo así podremos recoger frutos provechosos. La Universidad, de esta forma, debe contrarrestar uno de los grandes sesgos de nuestras sociedades actuales: el exceso de individualismo.

Vivimos ámbitos profesionales en creciente globalización y progresivamente más especializados, donde la competencia mejora las prestaciones e incentiva el progreso, pero, a la vez, puede propiciar una competitividad desmedida, a veces predatoria, que puede derivar en la búsqueda egoísta de la mejor posición personal aun a costa de irrogar un perjuicio a los intereses de otros. Y en este ámbito –permítaseme la vehemencia– un universitario formado en libertad debe reaccionar, debe distinguirse y liderar una forma mejor de hacer las cosas: potenciar el trabajo en equipo, la toma de decisiones consensuada y el intercambio recíproco de conocimientos y experiencias debe ser el camino elegido hacia el éxito. Por tanto, el vínculo interno entre la Universidad y el universitario, hoy, debe ser integrador, trascendiendo de las meras aspiraciones propias en aras a construir un proyecto común.

También debemos mirar desde la Universidad hacia afuera. Antes de continuar, permitidme ilustrar mi siguiente reflexión con una cita, atribuida al científico de la computación neerlandés Edsger Dijkstra para el que *“no es tarea de la Universidad ofrecer lo que la sociedad le pide, sino lo que la sociedad necesita”*. En efecto. Cada uno de vosotros, de todos los que nos reunimos esta tarde, debemos convencernos de que la Comunidad Universitaria se encuentra, siempre, al servicio de la sociedad. Hablaba hace un momento de cómo edificar la Universidad desde dentro. Pero no podemos conformarnos con esto: debemos ampliar nuestras miras y permitir que nuestros resultados sean visibles de puertas para fuera. Solo así lo que hacemos tendrá un verdadero sentido.

Llegados a este punto, alguien podría preguntarme qué puede hacer, en esta relación de la Universidad con el exterior, este universitario formado en libertad que estoy definiendo como modelo. Pareciera que esta perspectiva escapa de la influencia de una persona individual. Pero no es así: indicaba antes que la Universidad debe estar al servicio de la sociedad; y yendo más allá, debe estarlo, indudablemente, en la procura de lo mejor para todos. Debemos actuar con la altura de miras necesaria para no sucumbir a los deseos o intenciones excluyentes de personas o colectivos específicos y mirando decididamente por el interés general. Y ello,

amigos, no siempre es fácil. En ocasiones, requiere de valentía y determinación; en definitiva, de actuar en libertad.

En los últimos tiempos, los medios de comunicación nos bombardean con casos de malas prácticas y corrupción en el contexto de la educación superior. Nos encontramos, efectivamente, ante un problema grave que nos incumbe resolver con urgencia. La receta, para ello, es simple: todos nosotros, como universitarios, debemos apostar porque lo que hacemos, cada cual en su ámbito, sea un motor de cambio; debemos trabajar juntos para transformar las cosas y, para lograr este objetivo, debemos enfrentar nuestro día a día con valentía y generosidad.

He dedicado esta primera parte de mi discurso a reflexionar sobre nuestra responsabilidad en “hacer Universidad” y en mostrarla al mundo. En el tiempo que me resta quisiera dirigir mis palabras a evidenciar cómo todo aquello que compartimos en un Colegio Mayor nos permite alcanzar esa meta y, de este modo, complementa nuestra vivencia como miembros de la Comunidad Universitaria.

A partir de ahora, ciertamente, os hablo desde mi propia experiencia, cerrando los ojos y dejando que los recuerdos de mis años entre estas paredes se expresen por mí. Estoy seguro de que todos tenemos muy presente nuestro primer día, especialmente quienes llegamos para disfrutar de nuestros años como colegiales. Recuerdo el momento de mi entrevista cuando José Antonio, entonces Director, me hablaba del ideario de la Casa y de sus cuatro grandes pilares: la convivencia, la participación y gestión responsable de las actividades y de la vida en el Colegio, el estudio y la formación personal, y la visión cristiana del hombre y del mundo.

En aquel momento, lo reconozco, no supe atisbar hasta qué punto mi estancia en el Tomás me iba a influir, tanto en el plano personal como en el profesional. Con el tiempo he comprendido que esos pilares sobre los que se asienta la filosofía de esta Casa entraron en mi vida como verdaderos valores añadidos que me hacen gozar, en estos momentos, de un punto de vista que va más allá de lo que se ve, se vive o se enseña en las aulas.

Detengámonos un momento en repasar cada uno de ellos.

Pensemos primero en el fomento de la convivencia. Refiriéndome a ella, nuestro Colegio Mayor es el mejor ensayo de que disponemos para nuestra vida posterior. Hace unos minutos decía que es tarea del universitario del siglo XXI superar los egoísmos y el exceso de individualismo y puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que, quienes formamos parte de la vida del Tomás sabemos muy bien qué significa esto. Desde nuestro primer día se nos anima a salir de nuestras habitaciones y a frecuentar los espacios comunes; en definitiva, a construir Casa entre todos. No solo con los colegiales; también con el equipo directivo y con tantos otros profesionales que trabajan para hacer del Colegio un verdadero hogar. Convendréis

connmigo, entonces, que quienes vivimos el Tomás formamos una verdadera Comunidad: somos un conjunto de personas en el que, a pesar de las diferencias, todos nos identificamos en torno a unos colores –el azul y el naranja–; un lugar donde estamos llamados, sin excepción, a tener un sitio reservado, pues cada uno de nosotros es igual de necesario y preciado para los demás.

Igualmente enriquecedor resulta involucrarnos en la gestión y participación responsable del día a día del Colegio Mayor. Esta forma de relacionarnos entrelaza fuertemente los dos valores de nuestro ideario que he mencionado hasta ahora: a cada uno de vosotros, a todos, se nos pide ser parte activa en la creación y renovación, año a año, del Tomás Luis de Victoria. ¡Tenedlo claro! Todos los que estáis aquí tenéis algo genuino que aportar. ¡No os lo guardéis! ¡Sed sujetos vivos del Tomás! ¡Sed protagonistas de vuestra propia historia!

He dejado para el final, conscientemente, los pilares del estudio y de la conciencia cristiana del hombre y de la Universidad. Y no porque tengan una importancia menor, muy al contrario. Cada uno de nosotros llegó a Salamanca en busca de conocimiento, deseando convertirse en profesionales cualificados, que puedan salir, en las mejores condiciones posibles, al futuro mercado laboral. Rememoro, con especial cariño, las noches en la biblioteca, donde cada cual, con sus apuntes, animaba a los demás a seguir, cuando las altas horas de la madrugada nos hacían decaer. Y este es otro de los puntos fuertes de nuestra Casa: en la Facultad nos reunimos con compañeros de la misma titulación, pero en la resi vamos más allá, ampliamos nuestras redes, entablamos amistad con profesionales de otras ramas y complementamos, con otras perspectivas, nuestra visión de nosotros mismos y de los demás.

Y, por supuesto, nada de todo esto gozará de relevancia sin comprender la esencia de nuestro Colegio: la visión cristiana del hombre. Desde nuestro primer contacto comenzamos un camino de búsqueda de la Verdad, con mayúsculas, que, a su vez, nos lleva a atesorar nuestra verdad individual, como personas y como futuros profesionales. Un itinerario por el que no debemos tener miedo a transitar pues, a pesar de las dificultades que podamos encontrarnos, el resultado merece la pena. Conjugar nuestra formación con nuestra fe es, sin duda, el aspecto que nos impulsará, como seres humanos, a desarrollar en libertad cada una de las facetas de nuestra vida.

Puede parecer que estoy discurriendo por terrenos muy elevados, pero os invito a reflexionar sobre esto: si somos capaces de aplicar en nuestro quehacer diario lo que aprendemos en nuestros años en el Colegio Mayor, estaremos preparados para ofrecer una respuesta distinta a la que dan muchos otros universitarios; solo de este modo será posible lograr un verdadero cambio, una ola renovadora que nos

permita avanzar hacia un modelo de sociedad más justo e igualitario. Solo así nos convertiremos en universitarios formados en libertad en busca de la Verdad.

Y, por supuesto, este proceso personal no termina con nuestra Graduación, o en el día que pisamos nuestra habitación por última vez. Ser parte de la familia del Tomás nos acompaña en nuestra opción de vida. En mi caso, tanto mis años de colegial como de formador han tenido en mí una incidencia singular.

Dicen que los juristas, en especial los que nos dedicamos al Derecho penal, vivimos demasiado apegados a la norma, discerniendo sobre elementos y categorías que, a la hora de la verdad, tienen un escaso recorrido en la práctica de los juzgados y tribunales. Se nos achaca, a veces, que nos movemos demasiado alejados de la realidad. Puede que sea así, aunque, siendo honesto, también debo reconocer que, desde la Facultad, se insiste en la necesidad de generar un pensamiento crítico, necesario para llegar a soluciones creativas a problemas jurídicos cada vez más complejos. Pero no es menos cierto que la mayoría de las estrategias de las que se dota a los alumnos es fundamentalmente teórica, lo cual supone que el egresado necesita de unos años de adaptación al concreto contexto en el que desenvolverá su carrera profesional. Y debo decir que, para quien os habla, el Colegio fue la mejor prueba para conocer mi capacidad de argumentar: convivir y dialogar con personas de ideologías dispares me aportó herramientas de las que no se aprenden en los manuales, me permitió reafirmarme en mis convicciones y, a su vez, conocer y valorar los puntos positivos de otras formas de entender el mundo. Mi experiencia en el Tomás supuso, sin duda, poder realizar unas prácticas de una utilidad incalculable.

Voy llegando al final, pero no quisiera desaprovechar la oportunidad de unirme, en este momento, a una efeméride que tiene un significado especial para mí: la presentación del décimo número de Cuadernos del Tomás. Tuve el privilegio de aportar mi granito de arena en la puesta en marcha de esta iniciativa; una idea que, en sus orígenes, fue innovadora, pero arriesgada y, de la que, a pesar de que contamos con el apoyo total del entonces equipo directivo, no podíamos saber si sería flor de un año o si, —como titula Enrique Rodríguez, aquí presente, presidente de la Comisión de Publicaciones en aquel curso 2008-2009, en las líneas que escribe en este número 10—, se convertiría en una semilla de la que, hasta el momento, han nacido diez robustos árboles.

Los Cuadernos del Tomás han llegado a ser, en esta década, una de las mayores y mejores señas de identidad del Colegio Mayor. Un reflejo fiel de que nuestra Casa es mucho más que un lugar para residir; una muestra de que, con el esfuerzo y el afán de superación de todos, se pueden alcanzar metas que llegaban a parecer imposibles. Al igual que los deportes, las fiestas o las salidas culturales, los Cuadernos forman parte de nuestro ADN como Colegio y, por ello, es labor de todos mantenerlo vivo y hacerlo crecer. No olvidéis que, como cada una de las actividades que ha-

ceмос en el Tomás, los Cuadernos viven, fundamentalmente, por y para vosotros. Es vuestra responsabilidad, también, mantener el legado que nos hace únicos, que nos diferencia de otras opciones de poner en práctica la vida universitaria.

Porque, queridos amigos, vivir en el Tomás imprime carácter. Todo lo que recibáis, creéis y compartáis en estos años se reflejará en vuestro futuro. De este salón de actos saldrán médicos, juristas, docentes, investigadores, artistas... pero, sobre todo, saldrán personas con una visión diferente de nuestro entorno; con una manera más madura y más valiente de enfrentar los retos de la vida. Seréis capaces, estoy seguro, de ver más allá y de guiarnos, siempre, en vuestras decisiones, por los valores que habéis aprendido y construido aquí: la justicia, la solidaridad, la perseverancia y, por encima de todo, insisto en ello, la búsqueda de la libertad y de la Verdad se convertirán en vuestra mejor carta de presentación.

Empapaos de cada instante de estos años universitarios que tenéis la oportunidad de disfrutar. Y, por supuesto, aprovechad al máximo todo lo que, desde aquí, se os ofrece. Este Colegio siempre será vuestra Casa, por muy lejos que os vayáis de Salamanca. El Tomás Luis de Victoria permanecerá en cualquier lugar en el que os encontréis cada uno de vosotros.

Estamos de celebración. Debemos alegrarnos por ello. Nos ponemos al frente, en este 2018, del trigésimo curso del Tomás y conmemoramos también los 15 años desde que se convirtió en Colegio Mayor. No me cabe duda de que somos un referente tanto en Salamanca, como fuera de ella. Por ello, hoy más que nunca, debemos decir orgullosos: ¡Muy bien, Tomás!

Muchas gracias.

